

## La condesa de Pardo Bazán: Su vida y su obra

.....  
(CONCLUSIÓN)

### Características ¿Naturalismo?

De esta obra, tan extensa y tan varia ¿cuáles son las características?

Como verdad incontrovertida corre por el mundo de las letras la afirmación de que la condesa de Pardo Bazán es una escritora naturalista. Como naturalista se definió ella misma al tomar la defensa de la discutida escuela, y como naturalista la han catalogado, aceptando esa autocalificación, todos los críticos. Y hay que pensar sobre ello y no suscribir esta opinión ligeramente y sin reservas, porque si se ahonda en la obra de la condesa de Pardo Bazán y se analiza su textura, se descubrirá que su decantado naturalismo es más epidérmico que sustancial.

Desde luego el naturalismo de la condesa no es el de Zola; ella misma lo declara diciendo que no acepta del naturalismo más que el método, la preocupación experimental, el cuidado del documento humano, y de ningún modo la filosofía de la escuela. Pero el método, el análisis a lo Bernard, no es todo el naturalismo ni siquiera es lo fundamental del naturalismo: es la ideología racionalista lo que constituye la médula del sistema, y esta ideología la condesa de Pardo Bazán, católica, creyente e idealista, que llama a la razón «vieja chocha que sólo sabe de cuatro sucesidos», la rechaza de plano.

Igualmente rechaza el pesimismo, el negro humor del naturalismo zolesco, sustituyéndole por una serena visión de la vida, o, cuando más, por una suave tristeza sin desesperanza, impregnada, como la *morriña* natal, en la melancolía gris ceniza de los paisajes gallegos. Y por de contado rechaza el ateísmo, la ausencia de la idea suprema de un Ser creador y providente, en constante actividad para conservar lo que creó, y el materialismo, negador del alma, calumniador del sentimiento al

que rebaja a la categoría inferior de sensación... No creyendo en la razón ni en la inevitable tristeza del vivir; no siendo pesimista ni escéptica ni materialista ¿se puede decir qué es lo que acepta del naturalismo la condesa?... Únicamente el ropaje, lo puramente formal y externo, y aun esto tan hilvanado que al primer tirón de la espontaneidad se la despega y la inclinación innata la hace buscar nuevos rumbos y nuevos métodos de novelar.

No fué naturalista la condesa ni en los días en que como brava amazona, «Clorinda armada de punta en blanco» según su frase, rompía lanzas en pró del naturalismo. Fué el suyo un naturalismo no más cercano del de Zola que pudiera serlo el de Pereda, aunque ella misma creyera otra cosa, y en la historia de nuestra literatura no serán sus obras las que representen la versión exacta del zolismo: serán las de Blasco Ibáñez, temperamento análogo al del autor de los *Rougon Macquart*, y artista superior al «maestro» como lo demuestra el éxito, merecido—digan lo que quieran las voces y las plumas de los carifiosos compatriotas—de *Los cuatro ginetes del Apocalipsis*, que es a la guerra de 1914 lo que *La Débâcle* fué a la de 1870. (1)

Tomó la condesa de Pardo Bazán del naturalismo la observación paciente y minuciosa, el gusto por la descripción, prolijo en demasía cuando tal era el uso de la época, aligerado más tarde hasta convertir en sobria pincelada lo que antes era larga enumeración. No estoy muy convencido de que sea exclusiva del naturalismo el buscar en la realidad, antecedentes y modelos para los relatos de imaginación y para los personajes que en ellos intervienen. Creo que «nada hay dignamente en la fábula que no haya estado antes en la realidad», pero reconociendo que la exaltación del «documento humano» es propia

(1) Basta comparar *La cuestión palpitante* de Emilia Pardo Bazán con la *Carta a la juventud* de Zola para apreciar la distancia que separa a ambos autores. La condesa está más cerca de Daudet y, en su última manera, de Bourget, que del autor de *L'Assomoir*, y su naturalismo preciosista procede del desván de los Goncourt más que de las veladas de Medán.

del naturalismo hay que convenir en que se la asimiló plenamente la condesa.

Reales, palpables, vivos son todos los elementos que componen sus novelas, en las que no hay nada que sea absolutamente imaginado. Un suceso acaecido en la Coruña sirve de pauta a *La Tribuna*, estudiada día por día en la fábrica de tabacos; un episodio familiar, con personajes no muy alejados de la autora, es la base de *Los pazos de Ulloa*; la vida atormentada del pintor Vaamonde, muerto y enterrado en Meirás, es toda *La quimera*, en cuyas páginas desfilan personas muy conocidas del alto mundo madrileño, entre ellas la propia escritora y su madre; de una trivial historia de teatro en provincias nace *Por el arte*; de una causa célebre *La piedra angular*, en la que asoma la silueta de un vallisoletano ilustre, como aparece otra figura muy conocida, querida y admirada en la trama de *Dulce dueño*.

Caracteriza la obra de la condesa de Pardo Bazán el cuidado exquisito del lenguaje, el primor del estilo, atildado, en la descripción como en el diálogo, sin llegar a preciosismos ni rebuscamientos, espontáneo y fluido pero con un ritmo peculiar, con tan elegante sonoridad, que a través de las variedades de prosodia y sintaxis, lo mismo en los días en que se usaba la parrafada amplia y brillante que en estos otros días del período cortado y del tono menor, conserva una impronta inconfundible que señala las páginas de la insigne escritora como acabados modelos de limpio y bello castellano.

Se ha censurado en la prosa de doña Emilia la abundancia de neologismos y de vocablos extranjeros; ciertamente pululan unos y otros en sus escritos, mas los primeros son exigidos, casi siempre, por la necesidad de hacer al idioma flexible y acomodarle a la época, y los segundos hallan fácil disculpa, la mayor parte de las veces, en la índole social de los personajes que intervienen en el diálogo. Tan sólo los cazadores de gazapos pararán mientes en tales menudencias como pararán, puestos a denunciarle manchas al sol, en los italianismos de Cervantes. Con todo he de decir que a mi gusto personal ha desplazado siempre la propensión de la condesa a castellanizar violentamente las palabras extranjeras, convirtiendo, por ejemplo, el caldo en «consumado».

El aristocratismo, el prurito selecto—de raza en la condesa—se revela en su cuidado del detalle, en el minucioso celo con que cuida lo nimio, lo trivial, lo frívolo, procurando, sobre todo cuando de la descripción o la composición de interiores del gran mundo se trata, aparecer bien enterada y «a la altura».

Escrupulosa en esto colocó siempre sus novelas en ambientes que la eran familiares: el campo gallego, en que vivía seis meses cada año; la provincia (su *Marineda* natal); el alta sociedad madrileña o los fondos cosmopolitas—París, Niza, Vichy, los lagos suizos—que la eran igualmente conocidos.

Revela más hondamente el refinamiento de su espíritu, la elevación moral y estética de sus asuntos que la apartan del naturalismo zolesco. Tuvo Zola una predilección marcada por lo feo, lo sucio, lo bajo, lo depravado: una cacofagia singular. Emilia Pardo Bazán tiende siempre a lo alto; la Belleza la atrae; a la Belleza rinde señorío; hasta en su devoción entra la estética, y así sus santos favoritos son San Francisco, el Pobrecito de Asís, ejemplo insuperable de belleza moral, Adonis espiritual, Apolo de la santidad, resplandeciente de alma bajo su sayal de penitencia, y Catalina de Alejandría, la refinada, la que juntó toda perfección y todo encanto, siendo en pleno paganismo una de las primeras y más fieles reproducciones de la Reina suprema, bella y bendita entre todas las mujeres.

Sin incurrir en el error de hacer del arte instrumentoservil de propaganda y vehículo de tesis, la condesa procuró siempre que sus obras tuvieran una intención trascendental. No son sus novelas lo que ella llamó «píldoras de moral, azucaradas, confitadas, plateadas», pero no son tampoco frívolos juguetes de mero pasatiempo. Una idea moral preside todas sus obras, y en cada una de ellas se persigue una finalidad: es en *La Tribuna* y en *Adán y Eva* la reivindicación femenina, la igualdad en el amor y sus deberes para que la mujer no siga indefensa frente a las asechanzas del varón; es en *Los pazos de Ulloa* y en *La madre Naturaleza* la apología del hogar, la demostración de que la fidelidad es necesaria en el marido pues sus devaneos y licencias pueden ocasionar daños tan graves como los de la es-

posa; es en *La piedra angular* la protesta contra una injustificable contradicción social; es en *El saludo de las brujas* la afirmación del amor como supremo bien y el castigo de los que, como el príncipe Felipe Leonato, lo posponen a otras sugerencias de la tierra; y en *La Quimera* la exaltación del idealismo; y en *Dulce Dueño* la mística verdad de que todos los halagos de la vida—poder, riqueza, el mismo amor humano—nada valen junto a los amores que tiene para el alma el Esposo increado y eterno.

Todo esto y mucho más, igualmente noble y elevado, hay en las novelas de Emilia Pardo Bazán para quien sabe y quiere verlo. Los que no saben leer o leen sólo con los ojos de la carne, quizás tachen de inmorales algunas de esas obras, recordando algunos episodios audaces que hay en ellas, sin comprender que la malicia está en la frivolidad del que lee deteniéndose en la superficie y sin calar el fondo que encierra la enseñanza.

Tráeme esto a tratar de una cuestión discutida generalmente de soslayo, pero que acarrió no pocos sinsabores a la condesa, la restó público y la suscitó enemistades: la de su ortodoxia. Su ortodoxia dogmática nadie la puso en duda. Su catolicismo práctico, arraigado, de dama española, de vieja cepa, creyente y fervorosa, era demasiado evidente para que nadie con autoridad se atreviera a negarlo. Pero contra su ortodoxia moral se esgrimió como argumento el desenfado de alguna de sus obras.

No he de negar que hay en ellas escenas de bello realismo que no son adecuada lectura para espíritus en formación, pero justo es también decir que aplicado a todas las obras de la literatura y del arte el estrecho criterio con que se juzgan las novelas de la condesa de Pardo Bazán, ningún autor, ni antiguo ni moderno, se salva del anatema.

Las mayores audacias de Emilia Pardo Bazán no llegan, ni con mucho, a las crudezas de concepto y de frase de Fray Gabriel Téllez; el más atrevido de los problemas morales que plantea no supera a los «conflictos de amor y honra» que son tema casi único del familiar del Santo Oficio don Pedro Calderón; la más escabrosa de las novelas de la condesa es un decchado de candor junto a las *ejemplares* de Cervantes. Y en cuanto a los autores coetáneos de doña Emilia ¿por qué

ha de parecer vitando en ella lo que se tiene en Pereda por pecadillo venial, y cómo acusarla de atrevida después de haber otorgado amplia bendición a cierta escena de la más renombrada novela de uno de los pocos autores que nos quedan dignos en verdad del título de maestros? A todos aventajó la condesa en una cualidad derivada de su refinamiento: jamás se detuvo en la descripción ni en el relato; insinuó, no insistió, fiel a aquella digna reserva que ella misma señalara en otro autor—el P. Coloma—igualmente audaz y recatado: «la brevedad tiene dejos de pudor.»

### Espiritualismo

El espiritualismo ingénito en la condesa llevóla a la novela psicológica: sus narraciones todas, aun aquellas que están dentro del ciclo naturalista, contienen profundos y sutiles estudios de alma que no aventaja Bourget. Estudios de alma hay en *La quimera*:—el atormentado Silvio Lago, el artista fascinado por el monstruo, el que no se conforma con «llegar» sino que aspira a «ser» emparejando con los grandes creadores; Clara Aya-monte, la enamorada sentimental y generosa que trueca en místico su amor humano cuando lo ve rechazado; Espina Porcel, la maligna, la envenenada por todos los perversos artificios de la época. Estudios de almas son *La cristiana* y *La prueba*: Carmiña Aldao, el «fraile moro»; y los hay en *Dulce dueño*: la altiva Lina y sus «procos»; y en *El saludo de las brujas*: el príncipe débil a la asechanza de la ambición, y la fidedélima Rosario, fuerte en su amor hasta el sacrificio. No hay en la literatura española quien mejor que la condesa bucee almas y escudriñe corazones, y acierte después a comunicar lo que encierran los corazones y las almas.

### Serenidad

No pequeña parte de la hostilidad que sufrió la condesa debióla a su equilibrio, a su ecuanimidad. «Unos me tachan de revolucionaria, y otros me llaman frailera—decía en aquellos tiempos en que encomiaba la novela de un jesuita después de haber defendido el naturalismo;—muy en lo cierto debo de estar cuando no doy gusto a nadie».

Ese equilibrio, esa ponderación de su espíritu, esa serenidad que no era sino radiación de la potente luz cerebral que la inunda-

ba, explica su evolución política. Legitimista en los días en que los excesos demagógicos de la Revolución provocaban el justo enojo de los creyentes, las convicciones de la ilustre dama se sintieron satisfechas cuando la Restauración dió paz a los espíritus, y la partidaria ferviente de don Carlos pudo ser una leal alfonsina cuando vió que bajo la monarquía liberal de Sagunto se realizaba aquel consorcio entre la tradición y el progreso que ella, como otros muchos, tenía por la más feliz fórmula de gobierno.

### Españolismo

Sobre todos los sentimientos predominaba en la condesa de Pardo Bazán, rebotando en sus escritos, el patriotismo: un patriotismo sencillo, franco, ingenuo; patriotismo «de mujer de pueblo» dice ella; de heroína popular, podría decirse. A vivir en días de epopeya la condesa hubiera emulado a su paisana Marfa Pita o a la aragonesa condesa de Bureta.

No se la presentó ocasión de tanto, pero ella aprovechó todas las que tuvo para dar, orgullosamente, fe de su españolismo. En la tertulia de Víctor Hugo, como madame Lockroy se permitiera algún juicio ligero y desdeñoso sobre España, Emilia Pardo Bazán salió a la defensa de su patria con tal ardor que el anciano poeta exclamó: *¡Hélas! Voilà bien l'espagnole!*... En 1898 unas amigas coruñesas se presentan en Meirás pidiendo hospitalidad; se dice que la escuadra de Sampson va a bombardear los puertos españoles: —Tendréis la casa por vuestra —contesta doña Emilia—. Yo no podré acompañaros. —¿Pues dónde vas? —¡A la Coruña: habrá allí heridos que curar! Magnífica respuesta de la gran patriota que, al terminar aquella guerra, cuando los hombres desfallecían y encontraban «sin pulso» a España, supo presentarse en París y allí enaltecer nuestro pasado y afirmar su fe en nuestro porvenir.

Y así siempre. Cuando tanto desmaya el patriotismo, especialmente entre los que se dicen refinados siendo tan sólo decadentes; cuando el amor a la patria natal se juzga por muchos sentimiento primario e inferior, impropio de espíritus selectos; cuando se tiene del patriotismo y de la patria un tan extraño concepto que se estima «patriótico» conside-

rar a España como una tierra de excepción, pintoresca ¡muy pintoresca! pero como pudiera serlo un campamento de gitanos o un aduar marroquí... conforta ver que hay almas elegidas, sumamente patriotas, como la condesa de Pardo Bazán, merecedora de la simpatía de todos los españoles ¡porque amó mucho a España!

### Feminidad

He llegado a uno de los puntos más discutidos en la personalidad de Emilia Pardo Bazán: su feminidad. He de tratarlos, cual todos, brevemente. Para la mayor parte de los que han estudiado las obras de la condesa, y desde luego para los lectores profanos que juzgan por impresión, una de sus principales características es su vigor, su masculinidad. «Es un cerebro de hombre» dice Revilla. La frase sintetiza un juicio muy generalizado.

Martínez Sierra, en un artículo de *Nuestro tiempo*, defiende la feminidad de doña Emilia, si bien con débiles razones. Lo que Martínez Sierra defiende en realidad es que las mujeres no son como creemos sino como él las presenta en sus comedias. —Ved—dice—las mujeres de la Pardo Bazán, son dominadoras. Y esto no es exacto: ni Nucha, la mártir de Lilloa, ni Esclavitud, la doncellita de *Morriña*, ni Carmiña Aldao, ni Clara Ayamonte, ni Rosario Vidal «dominan» a nadie. La delectación en el dibujo de las figuras masculinas, la maternal ternura al «tratar» niños, el pudor con que vela los trances escabrosos son, según Martínez Sierra, indicios de la feminidad de la condesa. Las tres notas son ciertas, pero con la misma belleza están trazados, física y moralmente, los hombres y las mujeres en las novelas de doña Emilia, y a la ternura con los niños puede oponerse la entereza con que aborda y desarrolla las escenas de tragedia y de crueldad. En cambio Martínez Sierra dice de la condesa «que es escasamente sentimental». Y también en esto se equivoca. Porque lo que no es la condesa es sensible, pero toda su obra está humedecida por un raudal de sentimentalidad. Hay que reconocer que el sexo literario de esta mujer excepcional y prodigiosa es un enigma: es fundamentalmente femenina, muy femenina; pero en ocasiones es vigorosa como el varón más fuerte.

### Renovación

Última característica de la condesa es su perenne lozanía espiritual, su constante re-  
mozamiento. Cuarenta años supo estar siem-  
pre «al día», ser actual; anduvo su camino  
infatigable sin dejarse aventajar ni quedarse,  
como otros, rezagada. Mujer, y bien mujer,  
en esto, no consintió jamás en vestir ni con  
una moda de atraso. Y no era sólo el estar  
enterada, que eso muchos lo consiguen; era  
el adaptarse sin esfuerzo al ambiente, el asi-  
milarse, con sabia depuración, lo mejor de  
las nuevas escuelas. Cumpliendo, antes de que  
se formularan, los enunciados de Nietzsche  
y de D'Annunzio, la vida de la condesa de  
Pardo Bazán fué una perpetua renovación.

Así logró perdurar en la admiración de los  
selectos y atravesar incólume tantos furros  
iconoclastas, haciendo que todas las genera-  
ciones posteriores a la suya — la del 98, la del  
900, la del 15 — la tuvieran por suya y la res-  
petaran por maestra.

### La condesa y su época

Pero aunque ella fuese nuestra no era la  
suya nuestra época. Su época fué para la li-  
teratura española bastante más feliz que la  
presente. Alarcón, Galdós, Pereda, Valera,  
Coloma, Palacio Valdés, Picón, Echegaray,  
Sellés, Guimerá, Cano, Gaspar, Zorrilla,  
Campoamor, Núñez de Arce, Ferrari, Balart,  
Menéndez y Pelayo, Cánovas, Castelar... Es-  
tos eran los grandes. Los de hoy ¿cómo se  
llaman?...

La condesa de Pardo Bazán era la última  
superviviente de la pléyade, pues los que aún  
viven vida vegetativa, muertos están para las  
letras. Con la condesa se nos va toda una  
época literaria. Y queda en el mundo de la li-  
teratura, en el mundo de la espiritualidad, un  
hueco negro, negro, que no sabemos cómo  
llenar.

Llorémosla porque, como ella misma dijo  
hablando de Gabriel y Galán, «al morir un  
escritor no sube el pan ni se pierde cosecha,  
pero algo más que pan y trigo perdemos con  
su muerte». Sobre las mezquinas injusticias  
que en vida tuvo que padecer, y que pusieron  
la nota amarga en su existencia de mujer opu-  
lenta y festejada, dejará caer la posteridad su  
fallo supremo, ensalzando como es debido su  
figura, grande entre las grandes mujeres es-  
pañolas. Espíritus agradecidos que debieron

a Emilia Pardo Bazán el gusto de la belleza  
y del arte, la preparan, secundando la inicia-  
tiva de una noble dama y de un cronista ilus-  
tre, un homenaje digno. Esperemos que el  
plausible propósito se cumpla prontamente y  
que, como en los jardines de Marinada, en  
los del Retiro madrileño, en la poética rosa-  
lada, cerca del sitio en que parece decir sus  
humoradas Campoamor, se alce en breve la  
figura serena de la escritora egregia. Pidamos  
para el nombre de la condesa de Pardo Bazán  
un eterno recuerdo, un laurel para su frente  
pensadora...

Y para su alma eterna paz.

FEDERICO SANTANDER.

Junio 1921.

## Homenaje en la fiesta de la Raza<sup>(1)</sup>

PAULO MAJORA CANAMUS

¡Flora gentil de América la bella  
por el aura besada  
al sonido de alegres barcarolas;  
y tú, del cielo tropical estrella,  
que reflejas tu lumbre plateada  
sobre el azul espejo de las olas!  
Venid por un momento  
y en plácida armonía  
prestad a mi laud vuestro concento,  
que es el vago murmullo, el suave acento  
de una dulce y sonora poesía.

Quiero a mi Patria honrar; de sus altares  
arrodillado al pie, mi voz levanto,  
porque alzando a mi Patria mis cantares  
a Dios bendigo y a mi madre canto.

Noble es el fin, magnífica la idea;  
si ardua es la empresa en la triunfal pelea  
que lauros mil al vencedor pregona,  
el amor a la Patria centellea  
con hermoso fulgor, ¡bendito sea  
el iris de su espléndida corona!

Allá, en las escondidas soledades,  
donde se yergue la gentil palmera,  
mecida a los purísimos halagos  
de una brisa fugaz de primavera;  
donde brillan dorados horizontes,  
donde se miran en tranquilos lagos  
bosques sombríos y frondosos montes;  
en aquellos países virginales  
saturados de brisas y de aromas  
y henchidos de bellezas ideales,  
un hombre a quien la fama  
encumbró a las regiones inmortales,  
con ojo escrutador vió el panorama  
del Trópico; sus zonas retemblaron,  
y cuando ya tocaron

(1) Poesía que obtuvo el premio del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el año de 1918.

las naves de Isabel a sus riberas,  
 abrían las palmeras  
 sus bellos abanicos de esmeralda,  
 tremolaban alegres las banderas,  
 desplegaba la aurora  
 su fúlgido ropaje  
 en la cumbre del cielo, seductora  
 la mar arrulladora  
 rimaba la canción de su oleaje;  
 besó la tierra el inmortal marino,  
 plantó la Cruz del Redentor divino,  
 y humilde, reverente,  
 con esa fe que al mundo maravilla  
 una plegaria ardiente  
 a Dios alzó, ¡doblando la rodilla!

Del nuevo continente las fronteras  
 abriendo va Colón; en sus riberas  
 canta España su triunfo soberano,  
 y aquella tierra virgen  
 recibe, con asombro, de su mano  
 el agua bautismal, en la piscina  
 milagrosa y azul del Océano.

A sus grandezas ríndese cautivo  
 el sol hermoso que los Andes baña  
 y con ósculo ardiente  
 de cariño filial besa la frente  
 noble y augusta de la madre España.

Crece y se explaya el inmortal anhelo,  
 América le brinda su tesoro,  
 y al recibir la bendición del Cielo,  
 la patria de Isabel remonta el vuelo  
 sobre islas de coral y cumbres de oro.

No es preciso soñar; me basta verla  
 trepar a sus montañas  
 entonando de paz himnos triunfales,  
 llevar vida y amor a las cabañas  
 de las ardientes zonas tropicales;  
 me basta ver su mano  
 en el bravo arrecife, en el pantano,  
 en la forja, en el surco, en la cantera,  
 protegiendo el solar americano  
 bajo el palio triunfal de su bandera.

De las zonas de América en la anchura  
 no hay un palmo de tierra conquistada,  
 ni un volcán, ni una pampa, ni un bosque  
 donde mi Patria amada  
 no dejara un fulgor de su cultura,  
 su espíritu, su genio y su lenguaje.

Allí brotó robusta  
 la semilla del árbol del progreso;  
 la industria floreció, santa y augusta  
 brindó la fe sus bellas armonías,  
 el trabajo sus fuertes energías,  
 sus anhelos constantes,  
 y sus dulces y gratas melodías  
 ¡el magnífico idioma de Cervantes!

Patria bendita, mi querida España,  
 perla preciosa que en el mar se baña,  
 pueblo bravo y coloso,  
 y noble y generoso,  
 magnífico y triunfante,  
 invasor de los reinos de Neptuno

a cuyo paso retemblara Atlante,  
 ¡muestra al mundo tu frente soberana  
 bañada por el sol de la victoria!  
 ¡doquiera vibre la palabra humana,  
 para ti se alzarán himnos de gloria,  
 para ti será siempre  
 la página más grande de la Historia.

Canta tus triunfos y tus glorias canta;  
 que bajo el palio de la azul esfera,  
 donde la voz humana se levanta,  
 no hay pueblo que de misera te arguya,  
 ¡que no tenga un girón de tu bandera  
 y no empiece su historia por la tuya!

PEDRO GOBERNADO.

## De la relatividad en el Arte

El sabio doctor Ernesto Quesada, dictó,  
 por primera vez en la América, un curso acerca  
 de la sociología relativista spengleriana,  
 en la Universidad de Buenos Aires.

Sus exposiciones de tanto talento, seducen  
 por la sobriedad verbal, por la prolijidad de  
 investigar las ideas de los críticos de la doctrina  
 y por el fervor y madurez con que se ha  
 penetrado de esta nueva teoría, que es  
 uno de los problemas de más actualidad en  
 el mundo.

En el terreno de la literatura, le facilitó la  
 búsqueda erudita, los siete idiomas que posee,  
 con lo que pudo comprobar «la unidad de corriente  
 de orientación en cada época cultural». Por esto  
 Shaw, en el fondo, armoniza con Nietzsche y se  
 halla un hilo sutil que une los conceptos filosóficos  
 de Schopenhauer, que en 1819 publicó su *Mundo como  
 voluntad y contemplación*, a la obra de Shaw  
*Mayor Bárbara*, que data de 1905.

La multiplicidad de las escuelas literarias  
 es signo visible de decadencia. La pobreza de  
 concepción, la ausencia de fondo se suplén  
 con el brillo de la forma, con el capricho que  
 trata de simular originalidad.

El fenómeno literario universal causa grima,  
 revela cansancio: a los ideales desinteresados  
 ha seguido la mira económica. Cada escuela,  
 como si fuese infalible, trata de imponer su  
 autoridad, de abrirse paso en pos de intereses  
 creados y de absorbente materialismo comercial.

Se desprecia la técnica en el ansia de producción  
 febril, que se cree duradera.

«Las modalidades artísticas, dice el doctor  
 Quesada, cambian con el gusto o la técnica

de cada época: así, el grabado sobre acero—arte nobilísimo en época anterior—hoy es un anacronismo cultivado más bien por simple capricho, porque el descubrimiento de la reproducción fotoquímica ha modificado de tal manera el gusto público, que aquel grabado produce la impresión de algo anticuado y fuera de la moda».

Los progresos del cinematógrafo y de la danza—que interpretan hoy las más pasmosas creaciones—están modificando el gusto por el teatro. Le esperan sorpresas a la tragedia. En la vida nada es absoluto sino relativo, hasta la ciencia, que se creía inconmovible, firme como la voz imperativa del maestro. La nueva doctrina sociológica de Oswald Spengler, expuesta en su asombroso libro «La decadencia de Occidente», ha venido a revolucionar el arte, la historia, la religión y la ciencia. Ya Einstein, con su relativismo probó las equivocaciones de lo que se creía exacto, matemático; demostró la ilusión de nuestros sentidos.

¿Cómo nos ha de sorprender que se legisle en materia de gustos con criterio diametralmente opuesto? Nunca faltan pésimos abogados para defender las malas causas, como siempre sobran fiscales para condenar lo bueno. El toque está en la medida y en buscar la relatividad de las cosas, sus distintos aspectos, bellos de un lado, ridículos de otro.

¿Cómo nos ha de asombrar que se endiese lo cursi, que se levanten altares al capricho desenfadado, a la extravagancia, a la hinchazón y palabrería, a la metáfora incongruente? Toda doctrina tiene sus secuencias; todo credo sus prosélitos. Los *ismos* son fatales al arte.

El intenso sacudimiento nervioso, el hondo deleite espiritual, ese *quid* divino que convulsiona e ilumina a las almas la emoción estética, que nos inunda de gozo o nos incita a caer de rodillas o humedece las pupilas, es de relativa eficacia y de complejos antecedentes. Una misma obra de arte no emociona a todos. Cada cual la intuye de distinta manera. Y si no es en la hora propicia, lo que antes nos conmovió nos parecerá helado después. ¡Son tantos los factores que contribuyen a despertar la emoción! Un yaraví nos ha apretado la garganta en ocasiones, y en otras una sonata de Beethoven ha pasado inadvertida...

Ante la pureza artística, las escuelas son mera ficción: la belleza no reconoce fronte-

ras. Música de Verdi, de Bach o de Wágnner nos gustará en el segundo de la comprensión y de la emotividad. Tanto admiramos la suavidad helénica de Teócrito, como las eglógicas páginas virgilianas, las dulces odas de Horacio y los tersos poemas de R. Tagore. De los bandos más contrapuestos puede llegarnos una mágica armonía al corazón.

Llaman espontáneamente a las lágrimas algunas composiciones de Gutiérrez Nájera; nos sobrecogemos de misticismo ante algunas ternuras de Amado Nervo y suspiramos al leer sonetos sugestivos de Noboa Caamaño. Bécquer es sencillo, es sincero. ¡Qué encanto en la mayor parte de sus rimas inmortales, de simple técnica y universal sentimiento! A la mujer amada le murmura tenuemente: «Poesía eres tú». ¿Cabe mayor simplicidad, más llaneza, más naturalidad? No ha torturado ideas ni palabras.

Asunción Silva nos habla de la nocturnal angustia, como si trágico presentimiento nos agitara íntimamente. La emoción sube de punto. ¿La experimentan todos?

Nuevos gustos, nuevos cánones de estética se impondrán mañana; pero nos quedará un amable recuerdo, mezclado con infinita melancolía, de lo que vivió un siglo, fatigó un minuto la moda y fué después juguete del tiempo y de la civilización evolutiva.

Se sorprenderán tal vez las generaciones de que nos haya entusiasmado lo que a ellos les dejara indiferentes; de que sublimemos lo que les parecerá ridículo. ¡Qué ingenuidad la de nuestros padres, exclamarán!

Con todo, como antecedente, como esfuerzo laudable, como anillo de unión entre uno y otro estado cultural, algo subsiste y va quedando de base, un vago perfume nos embriaga, en medio de la ola revolucionaria, del adelanto irreverente, de la innovación fecunda, de la audacia genial y hasta de los miasmas pestilentes y ponzoñosos...

Si hoy Herrera no es divino; si Selgas y Trueba se nos antojan infantiles; si relativamente Lamartine, Verlaine, Darío se van alejando como demasiado ingenuo aquél, artificiosos los otros, no quiere decir que disminuya del todo su grandeza gradual y que todavía no provoquen emociones. Mañana, ¿quién se atreve a vaticinar?... ¿Cuánto más las improvisaciones y medianías?...

Irónicamente Eça de Queiroz, al consignar

su homenaje a Víctor Hugo repite lo que éste decía de Shakespeare: *Je l'admire comme une brute*.

Y, no obstante, al preguntarse qué quedará del poeta de *La leyenda de los siglos*, al que no faltó quien le motejase de «Sileno borracho de énfasis», responde: «Tal vez el nombre sólo, como quedaron los de Homero, Esquilo y Dante. Con el largo correr de los tiempos los nobles genios que hicieron vibrar más fuertemente el alma de su época, pasan poco a poco hasta ser apenas asunto de estudio de comentaristas. Profeta popular en otro tiempo, aclamado en las plazas: hoy infolio de biblioteca a que sólo la alta erudición sacude el polvo. ¿Quién lee hoy a Homero? ¿Quién a Dante? ¿Quién de vosotros, de nosotros, lee la *Odisea*, *Los siete contra Tebas*, a Sófocles y Tácito, el *Purgatorio* y los dramas históricos de Shakespeare y hasta a Voltaire y Camoens?»

Vivimos contentos a las veces con glorias nacionales de acomodo, con modas fugitivas, con tristes convencionalismos que la vanidad patriótica sostiene, con una herencia de belleza que yace enterrada en archivos y estantes y la desenterramos en las grandes solemnidades; con chicos prodigios, etc.

Mientras tanto, el mundo demuestra elocuentemente otras exigencias; el siglo se orienta en otra forma; el ideal es diverso.

Lo relativo se impone al examinar los múltiples aspectos de arte; lo relativo al cantar en coro sus viejas o sus nuevas excelencias y revivir sus emociones.

La sinceridad es la palabra favorita del día; mas esta virtud no es absoluta. ¿Qué sería del arte exclusivamente sincero? Prosa insufrible, estancamiento de la imaginación, valla para lo fantástico y ornamental. No por darnos de sinceros hemos de salir con cuatro majaderías que provoquen la risa del público. De otro modo se entiende la alfísima prenda de la sinceridad. Si quieres que yo llore, tú primero comenzarás por dolerte, escribió hace marras Horacio. ¿Pero de qué manera se transmitirá a los demás este dolor?...

Si sólo la sinceridad delata al genio, todo el mundo sería artista, con tal de aventurar frases pedestres, versos incoherentes, diálogos infantiles, gritos desapacibles; todo aquello que la sinceridad nos arranca en los supremos instantes de angustia, en los que has-

ta la razón se eclipsa y la palabra fuga...

Si completamente no es de estética anatómica, aun a la desusada verdad conviene ataviarla. La teoría de la sinceridad es relativa, como todo, en la ciencia y en el arte. Hasta los santos usaron de reservas mentales: ¿no las empleará la estética?

Si la emoción es tan personal que lo que a uno conmueve a otro deja frío, hemos de buscar lo que relativamente sacuda el espíritu de buen número de selectos y educados. Y si el arte llega hasta el vulgo y le electriza de emoción, se podrá afirmar que ha triunfado, por más que la triple llama estética no sea meramente vocacional, sino que necesite de educación artística, de aquello que todos los críticos del mundo han convenido en llamar inteligencia estética, imaginación estética y sensibilidad estética, fuego sagrado, no chispas precoces...

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito (Ecuador) 1922.

## Una obra anónima de Campoamor

Si en la medida que los franceses escriben incesantemente de Lamartine y Víctor Hugo, los ingleses de Byron y Shelley, los italianos de Manzoni y Leopardi, y los alemanes de Goethe y Heine, escribiésemos los españoles de nuestros grandes poetas del siglo XIX, Campoamor tendría dedicadas a estas fechas unas cuantas docenas de libros. Lejos de ser así, la bibliografía sobre el autor de las *Doloras* reducese, o poco menos, a los trabajos citados por Cejador en su *Historia de la Literatura* (t. 7, pág. 256) y por Pedro Enriquez Ureña en un esbozo leído en la Universidad de Minnesota (*Revue Hispanique*, Diciembre de 1917). Entre ellos, sólo hay uno que merezca la consideración de estudio formal, y es el que Andrés González Blanco publicó en 1912 bajo el título de: *Campoamor. Biografía y estudio crítico*.

¡Qué compleja la figura literaria de Campoamor! Desde el autor incipiente que publica *Ternezas y flores*, hasta el filósofo un poco frívolo de *Lo Absoluto* y el poeta único de las *Humoradas*, ya tienen los críticos materia abundante que estudiar. Aquel poeta que había de señalarse como innovador original, comenzó a versificar, ni más ni menos que Espronceda en el *Pelayo*, por declama-



ciones quintanescas, que ni siquiera incluyó en sus primeras colecciones poéticas. En *El Panorama* de 7 de Marzo de 1859, publicó unos fragmentos del último canto del *Cerco de Numancia*, donde se leían octavas como estas:

La hoguera en tanto fúlgida, esplendente,  
 su llama ondea en su flotante ascenso,  
 fluye y refluye alternativamente  
 cual de la mar el rebullón lumenso;  
 nubes de sangre evaporaba ardiente  
 de los altares de la patria incienso.  
 Pira hermosa, que enorme, incircunscrita  
 sobre mares de púrpura se agita.

Magnífico volcán que turbulento  
 aborta en infinita muchedumbre  
 globos de humo, que denso, ceniciento,  
 inunda impuro la celeste cumbre:  
 traza un fétido y negro firmamento  
 sobre un golfo clarísimo de lumbre,  
 tan opuestos los dos, que parecía  
 que flotaba una noche sobre un día.

Mira, *Scipión*, las palmas de tu gloria  
 ya marchitas arder en esa hoguera,  
 que con lumbrosa, ardiente vanagloria,  
 al Sol mismo abrasar quiere en su esfera;  
 tan sólo con cenizas tu victoria  
 podrás probar a Roma la altanera,  
 y el leuva triunfo al demostrar contento...  
 ¡guay no lo esparza revoltoso el viento!!!!

Sin embargo, es indudable que Campoamor cifraba entonces todas sus ilusiones en una cosa para la cual nunca había de servir: en el teatro. En la temporada de 1859 tuvo a disposición de las empresas sus dos comedias *Una mujer generosa* y *La firmeza del querer*; pero, bien porque el teatro del Príncipe, en razón a diferentes obstáculos, no llegase a funcionar, bien por causas de otra índole, las obras no se estrenaron. Y el periódico de teatros *El Entreacto*, en su número del 4 de Abril, dedicó un artículo encomiástico a las dos comedias, que aún no se habían impreso.

Al publicar en 1840 su primer tomo de poesías, en edición costeadada por el Liceo, llamó la atención su sencillez e ingenuidad, que contrastaban con las exaltaciones románticas en boga. Nadie diría que al Campoamor que hoy conocemos pudieran referirse las siguientes palabras de Ramón de Navarrete, insertas en el *Semanario Pintoresco Español* de 2 de Agosto de aquel año. «Nada hay de escepticismo en las frescas composiciones de Campoamor: su alma henchida de fe y de pureza, sólo ve las rosas del mundo, porque aun no ha sentido sus espinas; mecido así por las halagüeñas esperanzas que engendra, canta el incierto vuelo de la mariposa y el afán de la niña que, imagen del hombre corriendo en pos de la felicidad, se afana garrona de coger el matizado insecto.» Y luego,

poniendo aun más de relieve la moderada inspiración del libro, añadía Navarrete: «Pero, se nos opondrá por algunos, semejante escuela, tan apacible estilo, no es el que corresponde a nuestra edad, no es el que reclama nuestro siglo, porque no está en armonía con sus pasiones violentas, ni con su espíritu fogoso y ardiente. Y qué, ¿son menos bellas por eso las obras del señor Campoamor? ¿Ha de circunscribirse la poesía a las pasiones humanas, ha de ser siempre una epopeya, no ha de enseñar los goces apacibles de la vida, pues que la otra enseña sus borrascas y sus dolores?»

No pasó inadvertido para aquellos críticos el cambio que la musa de Campoamor experimentó en las *Fábulas*, publicadas en Mayo de 1842, y sobre todo en los *Ayes del alma*, que aparecieron meses después. El mismo Navarrete habló así: «Nosotros en otra ocasión en este periódico, cuando apareció el primer tomo de las obras de Campoamor, nos manifestamos propicios a su nuevo género, holgándonos de verle seguir distinto rumbo, alumbrarnos con nueva luz, crear en fin una escuela que pudimos llamar propia, porque no era ni la poesía pastoril, ni la heroica, ni la que en nuestros días suele apellidarse *bironiana*. Hoy el poeta, sin renunciar a sus primeras ideas, las ha engrandecido y las ha perfeccionado: si ayer halagaba a la fantasía, hoy enseña algo a la humanidad, y cumple mejor con su deber, con su *misión* diríamos, si la frase no fuese ya ridícula. De lo dicho puede fácilmente inferirse cuánto habrán ganado en importancia las composiciones de Campoamor; aun es el mismo vate sencillo, dulce, amoroso, ameno, mas ya la amargura se filtra por entre las galas de su poesía, cual ponzoñosa serpiente por las flores del vergel; el niño ha visto los desengaños del mundo, y llora y ríe a la par; el hombre ha sentido el aguijón de las pasiones, la espina de los pesares, y duda, y ya no es su fe tan viva... ¡Oh! deténgase el poeta y de ahí no pase; no venga el escepticismo a marchitarlo todo; no venga a ser el horizonte sombrío del risueño cuadro que tan bien sabe desplegar ante nuestros ojos deslumbrados!»

El poeta no se detuvo, como quería Navarrete, en la senda del escepticismo. ¿Escepticismo? Mejor diríamos indiferentismo, pasividad. El escéptico, como el rebelde, afirma al-

go, siquiera sea la inexistencia de la verdad. El indiferente va más allá. Convencido de que, si hay alguna verdad, no por serlo respaldará como tal, mientras reinan muchas mentiras, acaba por admitirlo todo sin chistar. ¿Qué adelantaría de otro modo? Así fué Campoamor. Diría como el personaje de la famosa comedia: «¿Pueden entrar los catecúmenos en la iglesia?—Por mí, que entren». La cuestión, pensaría, es pasar el rato: el rato largo y pesado de la vida.

Basta leer *El personalismo* para convenirse de esto. En vano Campoamor, en esa especie de confesión, quiere hacer afirmaciones: todo allí es convencional. De sus ideas religiosas dice, entre otras cosas: «¿No es cierto, lector, que al empezar a reseñar en este capítulo las desventuras, acaso únicas de mi vida, que me ha causado el catolicismo, no esperabais que yo hiciese de él esta ardiente defensa? Y la verdad es que esta defensa no la hago con amor, sino por convicción; no la haría como católico, si no me viera obligado a hacerla como filósofo. No creo, como los ortodoxos, que el catolicismo «es una religión buena *porque emana del cielo*», sino que creo que «es un culto que emana del cielo *porque es bueno*». Creedme, lector: si habéis nacido católico, sois muy afortunado. Si no habéis nacido con esta dicha, no os desveléis en defender con calor ninguna de las demás religiones positivas, pues no siendo católico, lo más seguro en religión, como en modas, es imitar al mayor número.» Si queda alguna duda sobre la indiferencia de Campoamor en estas materias, bastará recordar una anécdota muy conocida. Cierta día vió León y Castillo que el autor de *El drama universal* salía de misa de San José o de las Calatravas, y como le tenía por un tanto cuanto descreído, manifestóle su sorpresa por el hecho. «Me cuesta menos trabajo oír misa—contestó Campoamor—que oír luego a mi mujer».

¿Y en política? Campoamor, no puede negarse, fué también *oportunist*a. Recuérdese que cuando formó parte de la cámara popular, si alguien le preguntaba por qué distrito era diputado, contestaba: «Yo soy diputado por Romero Robledo». Es decir, que el distrito y el credo político le tenían sin cuidado. De la misma manera hubiera podido decir que él era político por Sartorius, a quien sin duda

debió su primera entrada en la revuelta alberca de la política española.

Y no se crea que nada de lo dicho va en desprestigio de Campoamor. Por el contrario, si él admitió sin protestas ni entusiasmos todas las opiniones, y si se adhirió a la primera que las circunstancias le separaron, fué en razón a su reconocida bondad. Campoamor fué ante todo un hombre bueno. Su bondad le llevaba, no sólo a la tolerancia, sino a la indiferencia. De no ser indiferente hubiera tenido que apasionarse por una idea, y eso le hubiera llevado a combatir las contrarias. Cuando tuvo que sostener polémicas de orden literario—como las que sustentó con Varela—, nunca se vió en ellas la acrimonia ni la violencia, sino la agudeza y la sal ática.

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Concluirá)

## El motín de Esquilache en Zaragoza (1766)

(CONTINUACIÓN)

Era tal el número de los tumultuarios que no podían obrar todos en la casa del Intendente, por lo que se dirigieron a las de Goycochea y Domesain, que estaban próximas, y las acometieron a un tiempo: estaban las puertas cerradas, y las abrieron a golpe de hacha, y poniéndolas fuego lograron subir, y sin dilación comenzaron a saquearlas, y para quemar lo que arrojaban por los balcones hicieron dos hogueras. A este tiempo ya estaban otros apoderados de la casa de Lósilla, y aunque pretendieron quemarla no lo hicieron a instancias y ruegos de varones zelosos, y honrados vecinos; pero encendiendo otra hoguera en la plaza del mercado, donde estaba la casa, unos arrojaban en ella quanto encontraba su furor, y otros cebados ya en el robo, hacían presa de lo que llegaba a sus manos.

Como había malvados para todo, se destacó un pelotón de ellos a la casa de Pascual Castellanos, que está en la calle Nueva, llevando la voz de *vamos a quemar la casa de Castellanos*: aquí fué preciso repetir los ruegos para que suspendiesen tan bárbara ejecución, y no costó poco que condescendiesen a las súplicas por la contrariedad de parece-

res que había entre ellos: se contentaron con saquear la casa, como hicieron con las otras, encendiendo así mismo una hoguera para quemar lo que no se llevaban.

A un propio tiempo obraba aquella gente feroz y desalmada en cuatro casas. Sólo la del Intendente quedó desocupada, porque el general no la desamparó hasta que todos se fueron, y dejando un piquete de Cantabria por si volvían, se retiró a Palacio, para tomar allí las confidencias convenientes, donde le esperaban los ministros de la Audiencia y otras personas distinguidas.

Inmediatamente dispuso enviar más gente al almacén de pólvora, poner un piquete en la plaza de la Seo, y guardar la tesorería, a cuyo efecto se pusieron centinelas avanzadas.

El señor arzobispo, el deán, y canónigos, y muchos sacerdotes de celo, y de virtud, salieron a contener a los sediciosos, ya con persuasiones, ya metiéndose en medio de ellos a quitarles de las manos los instrumentos con que pretendían derribar y quemar las casas. Su Ilustrísima con fraternal amor les hacía presente la fealdad del delito y el riesgo que amenazaba el fuego, que se aumentaba por instantes; pero ni los ruegos y amonestaciones del señor arzobispo, y de otros muchos sacerdotes y religiosos de respeto, y acreditada virtud, ni aún el mismo sol de justicia cuyos rayos debieron haber ablandado aquellos duros corazones, no les hizo ninguna impresión; pues pasó por medio de ellos el Santísimo de las parroquias de San Felipe y San Gil, y aunque S. I. gritaba: hijos míos, que viene aquí a buscaros el hijo de Dios vivo!, sólo conseguía que algunos hincasen la rodilla en tierra, y los más no hacían si no quitarse el sombrero, sin dejar de continuar los insultos, robos y maldades.

Informado el general del tesón con que aquel feroz pueblo continuaba en sus escandalosos excesos, y del considerable gentío que obraba en todas partes, le pareció oportuno tomar alguna providencia capaz de contener a los sediciosos, y ninguna consideró tan propia como la de condescender con lo que el pueblo le había pedido, publicando un bando con el rebaje de los comestibles; pero la dificultad estaba en quién había de salir a ello, porque los alguaciles atemorizados de lo que les había acontecido con el primero, ni parecían, ni acaso era conveniente el que

saliesen ellos a publicarlo; motivo porque lo encargó S. E. al capitán de Lombardía don Juan Ortíz, quien lo ejecutó con despejo y valor, acompañado de tambores y cuatro granaderos, dirigiéndose a lo más fuerte del motín, que era donde se necesitaba el más pronto remedio; y para ver si podía lograr el serenar a aquellos furiosos frenéticos, iba diciendo en voz alta por todas las calles, silencio: Señores pysanos, S. E. el señor marqués de Castelar, me mandan diga a vuestras mercedes, que todos se retiren a sus casas, sin executar extorsiones ni alborotos, que en muestra deste rendimiento que pide S. E., condesciende con la súplica que se le ha hecho por el pueblo de que valga el trigo a la tasa, y los demás comestibles, dá palabra S. E. que mañana los mandará rebajar, y publicar igualmente, lo que no se puede ejecutar en la hora por la confusión, ni con la ceremonia que se publican los demás bandos, si no al uso militar, y S. E. espera que todos le obedezcan.

Este bando fué bien recibido de los amotinados; pero no surtió efecto alguno, pues continuaron en sus excesos. A este tiempo estaba ya enteramente desocupada la casa del Intendente, quien salió de ella con todo sigilo, y acompañado de su mujer e hijo, fué al castillo de la Aljafería, y de allí pasó a la ciudad de Tudela en el reyno de Navarra, escoltado de tropa. Y en este mismo día, que fué 6, salieron las comunidades al tiempo que los malvados estaban en su mayor ardor, dando fuego a unas casas y saqueando otras de las cinco anunciadas, y fueron la de Santo Domingo, la Compañía, San Cayetano, San Francisco, Carmelitas descalzos y otras, unas alabando a María Santísima, cantando el Rosario, otras entonando melancólicamente el Miserere y otras haciendo misiones; pero nada servía con aquellos irracionales.

Aun no habían concluido de destruir aquellas cinco casas que habían anunciado con sus pasquines, cuando conducidos solamente de su codicia se dirigieron a la casa de don Alexo Romeo, hombre rico, a las de Miguel Pascual, Josef Tubo, Vicente Junqueras, y al primoroso café del Carmen, y en todas hicieron considerables daños. En este lamentable conflicto llegó la noche, aumentando más la consternación las dolorosas voces de los que desamparaban sus casas por estar contiguas

a las incendiadas; y los gritos de las pordioseras, muchachos y mendigos, que a una vez decían: «quemar a los usureros, saquearlo todo, pues tenemos derecho los pobres a quanto poseen».

En este estado, que serían como las ocho de la noche del mismo día, estaba el General, la Audiencia, Arzobispo y varios oficiales generales, discurrendo qué medio se podría tomar para apaciguar los sediciosos sin exasperarlos, porque era peligrosísimo en la ocasión excitar discordias entre la tropa y el payسانge; cuando entró el capitán don Juan Ortiz, (el mismo que publicó el bando de que se ha hecho mención) a solicitar permiso para salir contra los amotinados. El motivo de atreverse este oficial a hacer semejante solicitud, fué porque estaba casado con hija del pueblo, había vivido en él muchos años, y por consiguiente le conocía todo Zaragoza, tenía muchos amigos, y sabía que éstos, y no pocos labradores honrados, y otros vecinos de la parroquia de la Magdalena, de la cual era su mujer, le habían de seguir; pero S. E. no lo tuvo por conveniente por entonces. Quedó desconsolado, con la repulsa, Ortiz; quando al mismo tiempo se le presentaron Andrés Pasaña, Francisco Porta, Félix Porta, Manuel Ortiz y Juan Francisco Muñoz, rogándole les facilitase permiso del general para derrotar tan vil plebe: con efecto, los presentó a S. E., y habló Muñoz por todo con grande ánimo. En el mismo punto llegó el animoso Domingo Tomás, por la parroquia de San Pablo, y volviéndose a presentar al General, les dió al fin, aunque con repugnancia, la licencia que con tanta ansia pretendían, y de que quedaron muy gózosos. Sucesivamente fueron agregándose de las demás parroquias otros muchos honrados labradores, y vecinos, a los anteriores, y se formaron partidas de 20, 25 y 30 hombres, dando a cada una su cabo para el mejor gobierno y dirección de la empresa, siendo los primeros el capitán Ortiz y Domingo Tomás, y los otros con los nombres de todos los que se alistaron constan en la relación impresa, y no se ponen aquí por no hacer difuso este escrito.

Fuéronse todos a prevenir de espada y broquel, antiguas armas españolas, que acreditaban el verdadero valor, y fueron las únicas de que usaron estos verdaderos y honrados patricios, y dieron por contraseña *sombbrero*

para no confundirse con la multitud, ni herirse unos a otros, saliendo todos en chupa, cuyo frage permitió también el General al capitán don Juan Ortiz.

Salieron, pues, a emprender tan generosa acción, dirigiéndose en partidas a las casas donde los sediciosos cometían tantas maldades: presentáronse en medio de ellos, que estarían bien distantes de pensar en su ruina, y a recios golpes y penetrantes cuchilladas deshicieron tanto perverso ladrón. Juntáronse las partidas de los honrados labradores y vecinos en el Coso, como lo tenían acordado, y congratulándose de haber salido felizmente de la primera acción, volvieron a repasar las casas, y a repetir el mismo castigo en los amotinados, sin dejar de buscarlos a donde quiera que se hallaban, no cesando estos gloriosos defensores de la patria, hasta que dejaron la ciudad libre, al parecer, de tanto malvado sedicioso.

Antes de las doze de la noche volvieron al palacio del General, a quien dió cuenta el capitán Domingo Tomás, en nombre de todos, de cuanto había ocurrido; y así S. E., como el regente, y oydores, oficiales generales, y otras muchas personas de distinción que allí estaban, hicieron a tan gloriosos patricios (que pudieron en esta ocasión causar envidia a los romanos) las más vivas, benignas y agradecidas expresiones, saliendo el General al balcón, a dar gracias a los que quedaron en la calle.

Quedaron todos prevenidos para la mañana del día 7 sin dejar de rondar varias partidas, y entre tanto estaban los alcaldes mayores, y otros ministros, dando las órdenes convenientes para cortar el fuego de las casas incendiadas, que consiguieron con muchos afanes y trabajos aquella noche.

Apenas el día 7 empezó la aurora a alumbrar con su escasa luz, quando iban a la casa de Domezain y Goicochea, muchos de los sediciosos, hombres y mugeres, a registrar y llevar lo que por causados dejarían el día antecedente, ignorantes del escarmiento que en él habían tenido sus compañeros; pero los paysanos les hicieron ceder del intento, sin embargo de la tenacidad con que intentaban reincidir en los robos. Todo el día 7 emplearon aquellos valerosos defensores de la patria, no sólo en extinguir a los sediciosos, sino en sacar a muchos de los principales que

se habían escondido en bodegas y otros parages ocultos, con las amables presas de su codicia; pero no obstante estaban las calles intransitables por el considerable gentío, que la mayor parte se componía de aquella gente mendiga y canalla malvada que para seguir los impulsos de su codicia, interesada en volver a encender el oculto fuego de la sedición y daban a entender a sus sequaces tenían bastante fuerza para contrarrestar a los valerosos protectores de la ciudad; con cuya intención, sin duda, pusieron cerca del palacio del General un pasquín impreso que decía así: Pasquín:

Viva el padre Garcés, Provincial de Dominicanos. Estas casas que viven Josef Tubo y Vicente Junqueras, pide por ellos, y sus dueños libertad de padre Garcés, y se les ha concedido por el vulgo, respecto de no ser éstos de los indiciados en granos, y sirven de empeño para sacar los pobres de misericordia.

Este pasquín, no obstante estar escrito de mano más pesada que la que escribió la del día 4, causó algún cuidado al General, quien mandó al alguacil de corte don Juan Casamayor, le quitase, y poniéndolo en ejecución, lo quiso impedir uno de los sediciosos; pero revestido aquél del zelo de la justicia, y de su valor, que lo tenía bien acreditado, se echó sobre él, y lo hizo preso, sin que a sus compañeros les quedase más ánimo que para la fuga.

El General en el Acuerdo, no cesaba de dar las providencias que le dictaba su prudencia para conseguir el sosiego, mandando patrullase la tropa, así de caballería como de infantería incesantemente, y que escoltase a los buenos paysanos que no descansaban un punto en sus fatigas, como que lo habían hecho caso de honor. A las diez se celebró Real Acuerdo, y en él se resolvió que los alcaldes del Crimen, Oidores y Alcaldes mayores entendieran en las sumarias de los reos, y se mandó publicar un bando que no fuesen las gentes aquadrilladas de quatro personas arriba, así hombres como mugeres, pena de la vida; permitiéndose solamente ir juntos con armas ofensivas y defensivas a aquellos honrados y valerosos patricios que se habían ofrecido tan generosamente a conseguir la quietud pública; y que con este objeto, iluminasen todas las casas en anocheciendo.

Los vecinos cumplieron puntualmente con iluminar la ciudad, y se tomaron otras providencias para lograr el deseado sosiego, por lo cual no hubo acontecimiento alguno en toda esta noche de ninguna manera.

El día 8 continuando sus sesiones el Acuerdo por mañana y tarde, y considerando que el terror precisaba a muchos a tener cerradas sus tiendas y oficinas, mandó publicar un bando para que todos los mercaderes y artesanos las tuviesen abiertas, y así se ejecutó, pues en todo este día y noche no hubo particular novedad, porque la tropa y buenos paysanos, no cesaron de trabajar, rondando con mucho afán y cuidado, constancia y esmero.

El día 9 empezó el tribunal a dar un público exemplo de la justicia amaneciendo dos hombres en la horca, que uno de ellos fué el que montó en el caballo del clarinero; cuya pronta ejecución convino, sin duda, mucho para hacer ver a los insolentes sediciosos que no se les temía; porque el vulgo es audaz y atrevido si ve que se le teme, mas si se le resiste con tesón, se acobarda y rinde.

En el 10 se ahorcaron otros dos hombres por incendiadores y cabezas de motín, y el uno fué hecho cuartos y puesto por los caminos, y su cabeza se colgó en la puerta del Carmen. Y atento siempre el General y la Audiencia a providenciar lo más oportuno, deseando exterminar los sediciosos, que aunque llenos de horror, respiraban ocultamente cierto aire inquieto y turbulento, resolvió publicar por bando: Que todos los que hubiesen incurrido en ser encubridores de los sediciosos, y sus robos, se delatasen inmediatamente, por cuya fidelidad se usaría con ellos de toda indulgencia. Y también mandaron que qualesquiera personas, sin distinción de clases, manifestasen las porciones de trigo, aciete y judías que tuviesen de venta para facilitar con ellas la mayor abundancia de estos géneros, y por consiguiente el alivio del público de Zaragoza.

A las seis de la tarde del mismo día 10 llegó la posta despachada de Madrid, en que el Rey aprobaba todo lo obrado por el General, y el Acuerdo, y quedaba muy satisfecho de lo ejecutado por el clero, la nobleza, gente civil y por los honrados y valerosos labradores, con lo que todos se congratularon.

El día 11 fueron tres los castigados, pues

amanecieron dos hombres en un balcón de la cárcel de Corte dados garrote, sentados en un banquillo enlutado, y con dos hachas amarillas, y otro hombre puesto en la horca, sin que se experimentase la más leve alteración.

El día 12 prosiguió todo con la misma tranquilidad y sosiego, y el Ayuntamiento fué en cuerpo de ciudad a los Santos Mártires a dar gracias por la restauración tan deseada de la verdadera paz.

En los días 13, 14 y 15 no hubo ningún castigo, ni más novedad que la de manifestar los vecinos y moradores de la ciudad su mucha alegría y regocijo, dándose por felices poseedores de la quietud pública; pero el 16 amaneció en la horca un hombre que fué el que más saqueó la casa del intendente, y el que puso fuego a los papeles de la Secretaría, y continuaron los castigos en los principales reos del motín, y también el sosiego.

El 17 amanecieron dos hombres dados garrote y puestos en la misma forma que los otros dos de que se ha dicho sufrieron igual castigo en el balcón de la cárcel.

DR. AMANDO MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUOLA  
Catedrático de la Universidad de Valladolid

(Concluirá)

## La velada de Galán

### EPISODIO ALDEANO

(CONCLUSIÓN)

#### ESCENA V

DICHOS, ANA MARÍA, JOSÉ LUIS Y LUEGO  
LA SEÑORA ROSAURA.

SOFÍA.—¡Si es Ana María! ¡Y viene mala!  
(Ana María pálida y ojerosa. Vestida a lo montaraza, arropada con una sayaguesa y con una mantilla de rodador. Aparece desfallecida en el portón).

D.<sup>a</sup> RITA.—¿Tú aquí a estas horas? ¿Qué te ocurre? ¿Es que vienes a la ermita?

D. LEÓN.—¿Pero estando como estás, has tenido valor para ponerte en camino? Ya te advertí que no salieras. Esto es una locura, Ana María. ¡Y con fiebre!

ANA MARÍA.—Sí, señor. (Con voz entrecortada)  
Con fiebre.

D. LEÓN.—Ven aquí. Descansa, criatura.  
¿Pero y tu madre?

ANA MARÍA.—(Desfallecida). Mi madre viene ahí... La detuvo una vecina... Venimos de los Credos al Santo Cristo. No he podido resistir el deseo... Es una tan *desgraciá*...

JOSÉ LUIS.—Es tan *desgraciá*... tan *desgraciá*... Don León... lo de siempre... ¡me valga el cielo! ¡Voy a hacer una que sea *soná*!

SOFÍA.—No te enfades, José Luis, que tú eres *güeno*. Me asusta el verte así... No te enfades, galán.

D. ROSEN.—Hay que tener conformidad, José Luis. ¿Qué puede conseguirse por la violencia? Acata, como buen cristiano, los designios de Dios...

JOSÉ LUIS.—Tiene usted razón, pero es que hay cosas que... Tantos novios como puede encontrar en la tierra, en el pueblo, y ha de ser a la fuerza ese señorito que no la quiere... y na más que ese, ¡recontra!... na más que ese... como si estuviese de non en el mundo...

ANA MARÍA.—Por Dios, José Luis... Calla esa boca; que me estás haciendo más daño de lo que tú crees... ¡Calla, por todos los santos!...

SOFÍA.—Ven, ven conmigo, que le estás dando un mal rato a tu hermana. (Se sientan en el escaño, José Luis con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Sofía consolándole le obliga a levantar la cabeza). Así me gustas, hombre. Gracias a Dios que le das la cara a la gente. Anda, galán: mírame a mí y verás cómo se te marchan los pesares...

JOSÉ LUIS.—¡Sofía!

SOFÍA.—Anda: recórtame un perro de muestra o un ternero triscando alrededor de la vaca, o un toro *mu grande, mu grande*...

JOSÉ LUIS.—Sea. Como tú quieras, Sofía. Eres tú mi quita pesares... (Recorta el papel y Sofía ríe con gran algazara).

D.<sup>a</sup> ROSAURA.—Santas y *güenas* noches... Y dirán *ustés* ¡a qué hora se descuelgan estas *güenas* gentes!...

D.<sup>a</sup> RITA.—Ustedes vienen siempre a su casa, señora Rosaaura...

D.<sup>a</sup> ROSAURA.—Cref que se me *esbarataba* esta hija por el camino. ¡Qué empeño! Cree que el Santo Cristo la va a poner *güena*...

ANA MARÍA.—Si Dios no lo hace, nadie lo hará, madre. Y además, tengo fe, mucha fe, en que el Cristo de Cabrera hará que vuelva, que venga aquí, para no separarse nunca de mi lado... Verá usted cómo viene...

D.<sup>a</sup> RITA.—¿Pero qué ocurre, a más de lo sabido?

D.<sup>a</sup> ROSA.—Pues ocurre, doña Rita, que mi futuro yerno, por si no era bastante con abandonar a esta chica, *pa* remachar el clavo se ha ido al tercio y encima la ha escrito, *pa* darla el cachetero. Llegó el cartero esta noche con la noticia y la *probe* criatura, *ahilal-na* como está, se empeñó en venir a rezar al Santo Cristo y a pedir empeños con don León *pa* que no *vaiga*, y es tan de ley el *endino*, que cada día más lejos. Y ella, ya lo ven ustedes, con una *malensosis* y un *entreensí*, un *entreensí*... que se *esbrucia*.

ANA MARÍA.—¡Madre! ¡Madre! No hable usted así, no hable usted así... no es tan malo como usted se piensa... ¡No maldiga usted de él, por Dios santo! ¡Qué sabe usted lo que es un querer!

SEÑÁ ROSAURA.—Desengañese, doña Rita, las primeras sopas están siempre *ripitiendo*; y si *jueron* de *güen* caldo de la olla con carne, gallina, su miaja de pie, oreja o pernicote... pase; pero si son como las que comió ese hombre... ¡mal *relóballo* lo mate!

ANA MARÍA.—¡Madre! ¡por Dios! ¡Madre!

D.<sup>a</sup> RITA.—Ese hombre será lo que usted quiera, señora Rosaura; pero se crió en mejores pañales que usted se piensa: su padre fué médico de Navas Altas.

SEÑÁ ROSAU.—Déjelo usted en curandero a secas y no es poco: porque si mal no *riscuerdo*, no lo fué de presonas, si no de bestias. En fin, ¿qué se *pué* esperar de un *señoritin-go* de la *ciué* que hasta para retajar las vacas se ponía botines y maniquetes...?

D. LEÓN.—Señora Rosaura, señora Rosaura, dejemos de quejas y vamos a ver qué tiene esa chica en el alma y en el cuerpo, para hacer lo posible por curarla.

SEÑÁ ROSA.—Sí, señor; eso es lo principal. Que con tal que ella cure, me daba por contenta de ver a aquel *condenao* por aquí y darle hasta lenguas de *cogorniz* que pidiese...

D. LEÓN.—Estas manos están frías, chiquilla. Tienes fiebre y alta. Y el corazón como un loco de atar. Ha sido una gran locura salir así. Esta noche duermes aquí, quieras o no quieras.

ANA MARÍA.—Pero ¿y qué quería usted que hiciese, don León? Si yo sé que el rezar al Santo Cristo en su ermita, es mi mejor *melicina*. Aún creo que podré volver a casa... No quiero darle molestias.

D. LEÓN.—Qué has de poder, criatura, si no puedes con tu alma... A ver, Rita, trae una copa de Jerez y unos bizcochos.

ANA MARÍA.—Si no *pueo*, don León... *Tóo* me *repuna*...

SEÑÁ ROSA.—Hija de mi vida... Te estás dejando morir...

ANA MARÍA.—No es la vida, madre, cosa *güena pa* quererla tanto. Mejor es morir que vivir penando.

D. LEÓN.—¿Quién piensa en eso? Hay que vivir... ¿Para qué te han criado tan buena moza con esos ojos capaces de volver loco a cualquiera?

D. ROSEN.—Oye usted, señora, oye usted, a su marido...

ANA MARÍA.—No haga usted caso, doña Rita... El pobre... *pör* alegrarme...

D.<sup>a</sup> RITA.—No, hija. Si ya estoy acostumbrada. Vamos, nena, toma una pizca, hay que hacer un esfuerzo...

ANA MARÍA.—No *pueo*... no *pueo*... Siento una fatiga... un *molesto* en el corazón que me ahoga... me ahoga... *Dejaime*...

D. LEÓN.—Vamos, ánimo... Te prometo, en cuanto te pongas buena, traerte ese mocito, aunque se opongan a ello todos los demonios del infierno...

D. ROSEN.—Y yo los conjuraré para que huyan.

ANA MARÍA.—Gracias, muchas gracias. Son ustedes *toos mu güenos pa* conmigo... Pero no son los demonios, don León, no son ellos, don Rosendo, es él, nada más que él que no me quiere... Virgen María, si él me quisiera no me dejaría morir de pena, no me haría sufrir lo que sufro...

D. LEÓN.—Eso es. Tú muriendo por él y él tan campechano...

ANA MARÍA.—No... no señor... El...

D. ROSEN.—Ana María, en serio te digo que es grave pecado no alimentarse y hacer por vivir...

ANA MARÍA.—(Haciendo un esfuerzo para tomar algo de lo que le ofrecen). No *pueo*... no *pueo*... Este vino me abraza... No resisto el ardor...

D.<sup>a</sup> RITA.—Pero te conforta... Ya verás luego...

ANA MARÍA.—Siento un malestar, una angustia... que parece que me *allegan las fines*.

D. LEÓN.—La reacción... Era de esperar... Estás tan débil... ¿Otro traguillo? A ver si entonamos ese pulso...

D. ROSEN.—Animo, ánimo, que va como volviéndote la vida. Anda, Ana María...

D.<sup>a</sup> RITA.—(A su hija). Prepararlo todo: cama, calentador. (Sofía entra y sale con sábanas y calentador. Ana María deja caer la cabeza sobre el brazo de don León desvanecida).

D. LEÓN.—¿Está todo dispuesto?

D.<sup>a</sup> RITA.—Ya podemos llevarla... (Ana María se apoya en don León y José Luis. La señá Rosaura se va detrás sollozando).

ANA MARÍA.—Dejadme... dejadme...

D. LEÓN.—Estarás mejor en la cama... Después irás a tu casa, pero ahora...

D.<sup>a</sup> RITA.—Anda, Ana María, sé buena...

ANA MARÍA.—Dejadme ir a morir a mi casa...

D. ROSEN.—Hay que obedecer al doctor... ya sabes que todos te queremos...

SOFÍA.—Anda, Ana María; yo te haré compañía y verás qué bien lo pasamos...

JOSÉ LUIS.—Cuando te lo dice don León, debes obedecer. No seas caprichosa, mujer.

ANA MARÍA.—(Levantándose apoyada en doña Rita, Rosaura y Sofía). ¡Dejadme ir a mi casa! ¡Si puedo ir, don León!... Ya me siento mejor...

D. LEÓN.—Obedece y calla...

SEÑÁ ROSA.—¡Hija, hijita querida!... Y *tóo* por ese mal hombre... (Mutis).

### ESCENA VI

DON ROSENDO, SOLO.

D. ROSEN.—(Sacando el breviario y balbuceando oraciones). ¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! ¡Oh! el amor humano cómo consume a las criaturas... Misterios de Dios que consiente pongan en otras criaturas el amor que sólo deben a su Criador...

### ESCENA VII

DON ROSENDO Y DON LEÓN.

D. LEÓN.—(Saliendo). De esta crisis saldrá; pero cada vez más acabada y consumida por la pena. No he visto un caso igual de amor y de bondad... Él, a decir verdad, es una mala persona... Dios me perdone, es una mala persona... Yo haré lo posible por traerlo aquí porque es un remedio, un remedio único para ese angelito... Pero creo que no llegará a tiempo... Está abatidísima...

D. ROSEN.—Si no soy necesario, me voy; y mañana será otro día... Es más de media noche...

D. LEÓN.—¡Oh! no se marchará usted sin oír *El Ama*. Ahora con estas impresiones es

cuando estoy en vena y ya no siento cansancio.

D. ROSEN.—¿Pero está usted en su juicio? Nos dormiremos sin querer... ¿Aún está usted para poemas?

### ESCENA VIII

DICHOS, ROSAURA, DENTRO CORO DE MOZAS Y MOZOS.

D. LEÓN.—Usted se queda, porque temo mucho que haga usted falta. Lo de Ana María es grave, muy grave y pudiera ocurrir... En estas enfermas del corazón... un colapso...

D. ROSEN.—Eso es otra cosa, amigo mío... Aquí estaré entonces todo el tiempo que sea necesario... ¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha!

D. LEÓN.—(Haciendo esfuerzos por dominar el cansancio). Galán nos hará grata la velada. (Siguen leyendo *El Ama* cada vez más lentamente, don Rosendo cede primero al sueño y luego don León. Los velones se van apagando. Amanece, y a lo lejos se oye el canto de la aurora. Coro de mozas y mozos).

Levántate, primorosa,  
levántate, resalada  
levántate, niña hermosa,  
que ya viene la mañana.  
Levántate.

SEÑÁ ROSA.—(Dentro). ¡Socorro! ¡Socorro!  
¡Mi hija! Don Rosendo...

D. LEÓN.—(Despertando). Me lo temía... (Se acerca a la habitación de donde salen las voces y aterrorizado vuelve) Don Rosendo... Don Rosendo...

D. ROSEN.—¿Qué pasa, qué pasa? (Sobre saltado).

D. LEÓN.—Vamos pronto... Es decir... va-ya usted... Yo ya no hago falta... Ana María...

D. ROSEN.—¿Acaso?...

D. LEÓN.—Sí...

(Coro de mozas y mozos).

La mañana ya ha *venío*  
y el *güen* día lo tenemos,  
la niña suspira y llora  
que no la quiere su dueño.

Levántate.

Que no la quiere su dueño.  
que no la quiere su amor,  
si ella me quisiera a mí  
yo la quisiera mejor.

Levántate.

(Cae lentamente el telón).

LUIS MALDONADO.